

su hija á la casa de una amiga suya mientras pasaba la tempestad.

Tres días despues se veia un coche de camino á la puerta de la casa de Don Ramon. Al subir Esperanza cubierta con un velo, dejó caer al descuido un papel que se apresuró á recoger un cargador. Este cargador era Ricardo disfrazado.

## CAPITULO XV.

### LA GALLERA PRESIDENCIAL.

Así como el primer caso de *ley fuga* que tuvimos en el país, fué el que ordenaron el Presidente Bustamante y su Ministro Facio, aplicándose á los prisioneros Colin y coronel Reyes Veramendi, que fueron matados por sus guardias, so pretexto de querer fugarse, así el primer Cincinato que tuvimos, fué el general Santa Anna, que, despues de cada revolución se retiraba á Manga de Clavo, para continuar desde allí manejando las intrigas, para las cuales, ademas de tener habilidad propia, le fueron muy propicias las circunstancias de la época.

El general hacendado estableció en la finca todo el *confort* que era necesario para la residencia habitual de un gran Señor, de modo que no le faltaba ni la sociedad de ambos sexos, ni una bodega bien surtida, ni un buen cocinero, ni las mejores viandas que podian proporcionarle el país y el extranjero. A mayor abundamiento habia mandado construir fuera del palacio y en lugar que pudiera considerarse neutral para los fo-



rasteros, una amplia Plaza de Gallos, que no se diferenciaba mas que en los asientos y otras pequeñas particularidades de las demas que entonces habia en todas las poblaciones de la República, por haber llegado á ser la diversion favorita del público, una vez que lo era de un personaje muy principal, abocado á ser el primero y el único mas adelante.

—¡Cierren las puertas! se oyó gritar á un individuo vestido con chaqueta de pieles, que tenia todas las trazas de hombre de campo, y que era en los momentos en que llevamos al lector á Manga de Clavo, el pregonero que daba los gritos en el centro del lugar cercado para la lidia.

El grito de ¡cierren las puertas! parece que es reglamentario en las peleas de gallos cuando hay *grande y chica*, esto es, cuando las principales apuestas se van de un lado, á fin de que no se salgan los que tienen depositadas las de la *chica*, llevándose el dinero casado, cuya disposición se dictó seguramente aconsejada por la experiencia, pues tan luego como ha ganado el gallo menos popular, se abren las puertas, una vez que ya los que tienen en su poder el dinero de la apuesta, son los que ganaron. El pregon parece, pues, muy ofensivo, pero ya están habituados á él los galleros y todos se conforman con que se les dé públicamente esa muestra de desconfianza, considerándola como muy natural.

—Doscientos pesos mas al giro contra el colorado, gritó el corredor de Santa Anna, enseñando á la vez un puñado de onzas de oro que traia en la mano.

—Juegan, contestó un rancho de Jalapa recibiendo el dinero y sacando á la vez de la bolsa ciento y tantos pesos tambien en oro que le correspondian, los que colocó sobre el bordo de la barrera junto á la cual estaba sentado.

Ahora, mientras principia la pelea, haremos una pequeña descripcion del local. Era este circular, amplio, como para contener hasta quinientas personas cómodamente, cubierto por una especie de bóveda con armazon de madera y con cubierta de tejas encarnadas, dejando entre este techo y el muro un grande intersticio para la luz y la ventilacion. La arena, ó sea el lugar de la lidia, en efecto, muy bien enarenado, estaba cercado de una valla circular, fuera de la que habia tres estrados comunicados con la misma valla, el uno para los jueces del campo, y los otros dos, uno en frente del otro para ser ocupados por los galleros principales, que ordinariamente eran Santa Anna y las autoridades de Veracruz y de Jalapa por una parte y los hacendados ricos de la vecindad, por la otra, que tambien eran afectos á este juego, para el cual siempre llevaban algunos miles de pesos en monedas de oro y plata. El estrado en que se colocaba Santa Anna tenia al frente una mesa con carpeta verde, sobre la cual habia montones de onzas de oro bien alineadas, cajas repletas de navajas, cordones de seda y todos los demás útiles empleados en la pelea; el sillón destinado al general estaba acoginado con terciopelo, pendiéndole de todos lados grandes borlas de cordones de oro, y á los piés, un taburete, tambien acogi-



nado y forrado de terciopelo carmesí con borlas de hilos de oro, y á los lados se veían cuatro especies de plateas divididas del resto del local con tapices y cubiertas de colgaduras, las que se destinaban para las familias invitadas de las haciendas y de las poblaciones inmediatas.

Al rededor del circo seguían los asientos para la concurrencia ordinaria compuestos de sillas y de una gradería, enteramente separada esta para las gentes del pueblo, esto es, para los soldados de la escolta y para los trabajadores de la Hacienda. Generalmente en estas diversiones se veían muchos relumbrones correspondientes á los militares que formaban el séquito de Santa Anna y los Estados Mayores de los demás generales y á los ayudantes de los coroneles pertenecientes á las guarniciones de las plazas vecinas.

En esta vez, tanto la hacienda de Manga de Clavo como las otras haciendas del Departamento, como las ciudades de Veracruz y de Jalapa, estaban atestadas de militares y políticos, porque se estaba esparciendo la noticia de un gran acontecimiento que había de cambiar y mejorar la suerte de todos.

—Fuera del redondel todo el mundo, gritó el pregonero.

Entonces brincaron la barrera los corredores de apuestas que quedaban, y solo permanecieron en el círculo los amarradores y topadores. Estos arrancaron plumas á sus gallos de la golilla y de la cola para irritarlos, poniéndolos al frente de otro gallo cualquiera, con el mismo objeto, les aseguraron las navajas en

los espolones, los colocaron en seguida en la raya correspondiente, dándoles á la vez un ligero impulso para lanzarlos uno encima del otro. Los gallos, que tienen para combatir con los de su especie mas desarrollado el instinto que los mismos hombres, y que mientras mas finos son y están mas bien cuidados, tienen mayor valentía, corrieron á encontrarse, multiplicándose en un instante las acometidas con ciega furia, de manera que en segundos casi quedó decidida la pelea, habiendo abierto el colorado al giro el vientre con un terrible navajazo, que le privó de la vida. El colorado tambien recibió una herida en una pierna, pero, como si no le doliera ó como si tuviera conciencia de su triunfo, abrió las alas y lanzó un canto sonoro que fué muy aplaudido.

A la vez se oyó al gritón, que dijo con voz robusta.  
—Abranse las puertas, se ha hecho la chica.

No había peligro, pues, de que nadie se saliera con las apuestas, una vez que las habían ganado los mismos depositarios.

Santa Anna dió un manazo, con cólera casi, sobre la mesa, pues el hermoso gallo giro, que era uno de sus consentidos, le había hecho perder mas de dos mil pesos, dando un triunfo inesperado el gallo jalapeño del partido de los hacendados.

Pero su disgusto, que de todas maneras debía de ser pasajero, porque estaba muy acostumbrado á estos lances, se disipó con mas razon y como por encanto, cuando vió entrar á su ayudante Legorreta, el cual le dijo:



—Excelentísimo Señor: allí está ya el correo de México.

—Que entre.

El ayudante vaciló, como si no hubiera oído bien, y Santa Anna tuvo que repetirle:

—Que entre, que entre aquí mismo.

Tan seguro así estaba de que deberían ser buenas noticias las que tenía que traerle.

El correo, que era un ranchero todo vestido de cuero, entró muy empolvado y sonando las espuelas. Se quitó el sombrero y casi se arrodilló para entregar al general un gran paquete sellado y lacrado.

Santa Anna cogió el paquete con garbo, hizo saltar la cubierta y escogiendo entre todos los pliegos uno, en que reconoció el sello del Congreso, fué el que abrió pasándoselo á su Secretario, el Lic. Romero, que estaba á su lado, diciéndole:

—Lea usted en voz alta.

Romero leyó la declaración que había hecho el Congreso á virtud de la computación de votos, habiendo resultado electo como Presidente de la República el general Antonio Lopez de Santa Anna y como vicepresidente el Sr. Don Valentin Gomez Farias.

Todos los circunstantes prorrumpieron en aclamaciones y aplausos, adelantándose algunos á felicitar personalmente al afortunado general; pero este hizo cesar el entusiasmo, diciéndoles:

—A todos invito para celebrar la noticia, esta noche en mi casa; por ahora, vamos continuando la tapada propuesta y admitida, en que está interesado nuestro honor.

Era tal el vicio que tenía el general por las peleas de gallos, que en aquel momento no solo veía con indiferencia el gran puesto, objeto de todas sus ambiciones, sino que, de la misma manera había otras veces continuado el juego, cuando le habían dado aviso de que el enemigo estaba encima, predilección gallera, que en efecto, fué causa de alguna de sus derrotas, según refieren los historiadores.

Se siguieron jugando cinco tapados de Veracruz contra Manga de Clavo, siendo uno de los soltadores el mismo Santa Anna en persona, no obstante la alta investidura que acababa de recibir, y es fuerza agregar, que en esta ocasión ya no perdió mas que una sola pelea de mil pesos, pues que se tuvo el cuidado de no desagravar al Señor Presidente, y todos á una procuraron hacer trampas, que resultaron á su favor, puesto que no hay juego que mas se preste á ellas, según afirman las personas prácticas.

Al concluir la función, volvió á victorearse al general, y toda la concurrencia fué escoltándolo á su casa, en donde hubo fuegos artificiales, discursos, poesías, cena, baile, y otras manifestaciones que de antemano estaban preparadas.

Excusado es decir que en esa misma noche se hicieron á Santa Anna varias insinuaciones á fin de que se pusiera en marcha al día siguiente para ir á ocupar la presidencia; pero él contestó á todos afectando abandono y desinterés:

—Ya verémos, ya verémos: esa es carga demasiado pesada para mis hombros, y necesito pensarlo mucho antes de aceptarla.



Así permanecieron tres días en medio de la incertidumbre, hasta que al cuarto dijo á su secretario:

—Escriba usted una carta muy lacónica y muy indiferente al Señor Ministro de Relaciones Gonzalez Angulo, diciéndole que no puedo presentarme á tomar las riendas del Gobierno por enfermedad.

—Pero Señor..... quiso objetar el secretario, que era uno de los mas anhelantes para poder hacer su Agosto, y Santa Anna se apresuró á interrumpirle, diciéndole:

—Yo conozco bien á todas esas gentes: mientras menos ansioso y mas desinteresado me vean para ocupar un puesto que todos ambicionan, me harán mas instancias, porque mas me tendrán en deseo. Quiero que me rueguen mucho para que menos derecho tengan de quejarse despues.

Habiendo entrado á ocupar la Presidencia el Vicepresidente Gomez Farías que representaba el elemento aetamente liberal, se empezaron á dictar medidas por la nueva administracion del todo contrarias al gobierno de Bustamante que emanó del pronunciamiento de Jalapa, siendo una de ellas la de devolver á Santa Anna la banda de general de Division de que habia sido despojado. Con ese motivo hubo otras fiestas en Manga de Clavo y volvieron á llover las instancias para que Santa Anna se presentara en México. Este decia á sus íntimos:

—Dejen ustedes que se cansen de Gomez Farías y yo seré llamado como un segundo libertador, Ya verán, ya verán.

Las pasiones politicas estaban en efervescencia, y como un acto de moralidad se comenzó en México á instruir un proceso contra los ex-ministros Facio y Alaman, á quienes se consideraba autores de todas las iniquidades hechas en el gobierno de Bustamante. Aquellos personajes huyeron con objeto de embarcarse en Veracruz para refugiarse en el extranjero. Santa Anna lo supo y mandó á su ayudante Legorreta con veinte hombres para que los atrapara en el camino y se los llevara.

Los pobres ex-ministros llegaron temblando á presencia del general.

—¡Inocentes! les dijo este, no los he mandado traer para imponerles ningun castigo, sino para protegerlos y salvarlos.

—¡Cómo! exclamaron los dos á un tiempo, llenos de admiracion.

—En Veracruz hubieran sido aprehendidos y encerrados tal vez en el castillo de San Juan de Ulúa; aquí van á estar ustedes mejor que en su propia casa.

—Señor, dijeron ambos enternecidos, y cada uno le tomó una mano para besársela, lo cual él no consintió y antes bien les ofreció asiento, y despues de asegurarse de que nadie podía escucharlos volvió á la sala despues de cerrar las puertas de las habitaciones contiguas, se sentó en frente de ellos, y les dijo:

—Quiero que ustedes y yo seamos buenos amigos.

—Exmo. Señor, contestó Alaman, que fué el primero que pudo recobrar su voz natural, el grán servicio que vd. nos hace es motivo mas que suficiente para que le estemos agradecidos.



—Pues quiero que tambien seamos amigos, continuó diciendo el general presidente y que conspiremos juntos contra Gomez Farias.

Creyeron que se estaba burlando y no contestaron.

—Hace mucho tiempo que no me pronuncio y siento la nostalgia de los pronunciamientos, ¿con quienes mejor que con ustedes podré contar para una empresa de ese género?

Los ex-ministros estaban estupefactos.

—Ahora necesitan ustedes descansar y voy á instalarlos, pero con toda sinceridad les manifiesto que repruebo la política que están siguiendo Gomez Farias y sus ministros, y que necesitamos derrocarlos.—  
Buenas noches.

## CAPITULO XVI.

### EL GRAN COMEDIANTE.

Santa Anna se estuvo haciendo el interesante dos meses y medio, y por fin, anunció su salida de Manga de Clavo para el día 9 de Mayo, despues de mandar emisarios por todo el camino para que á su tránsito se le hicieran fiestas reales, pues deseaba llegar á México bajo arcos de triunfo,

Con un numeroso séquito parecido á la corte de un monarca, se puso en camino, y en todo este, segun sus deseos, fué objeto de las mas calurosas manifestaciones, si no del todo expontáneas, bastante verdaderas, porque entonces todos tenian fé en el militar que los habia deslumbrado con sus proclamas, con sus victorias y con sus alárdes de patriota. Cómico perfecto como él era, habia renunciado á la pension vitalicia de dos mil pesos que le habia asignado la legislatura de



Veracruz, cediendo toda la cantidad para unas escuelas. ¿Qué eran para Santa Anna dos mil pesos anuales, que podía tomarlos á toda hora de donde quisiera y que con frecuencia los ponía de apuesta en cualquier gallo de su gusto? Además, tuvo buen cuidado de que sus parciales, que eran muchos, desparramaran impresos por todas partes, llamándolo con letras muy grandes el LIBERTADOR DE LA REPUBLICA. La popularidad ya la tenía, pero el entusiasmo comprado á las poblaciones para obtener recepciones espléndidas, le costó cincuenta mil pesos. ¿Qué eran de la misma manera cincuenta mil pesos para Santa Anna, que pronto iba á disponer de millones?

Su entrada en México fué igualmente fastuosa. Era Gobernador del Distrito un Don Ignacio Martínez, que con fondos del Ayuntamiento, del Gobierno, de los vecinos y del mismo LIBERTADOR, pudo transformar la ciudad en un canastillo de flores. Santa Anna no pudo menos que quedar complacido de la recepción que le hizo su capital, despues de los festejos reales que le habian hecho durante siete días en todo el camino. Su cortejo se compuso en las calles de veinticinco generales, de cuarenta coroneles, de cien oficiales de varias categorías y de otros tantos hacendados y particulares que montaban cubiertos de adornos de plata en fogosos corceles. No lo acompañaban dignatarios de la Iglesia porque todavía estaban creyendo muchos que era liberal, pero en cambio, se adornaron los templos y se repicaron las campanas. Todas las ceremonias con que fué recibido el LIBERTADOR DE LA REPUBLICA, fueron dignas de un César.

Después de todo un día de ruidosos agasajos, que seria cansado referir, se presentó el 16 ante el Congreso para hacer el juramento constitucional y con ese motivo pronunció un discurso en que campearon mas que todo las alabanzas á su persona. Como se hubiera propalado en los papeles públicos que queria hacerse dictador, dijo: "No sucumbiria sin contradecirme á mí mismo á las ilusiones de la ambicion." Y por el otro lado para tranquilizar á los frailes dijo tambien: "La Religión dada por su Autor para bien de los hombres, el mejor legado de nuestros padres, freno de las pasiones anti-sociales, apoyo y sosten de la libertad del hombre, de los derechos del ciudadano y de la independenciam de las naciones, será respetada por deber y convencimiento."

Bien es que este discurso se lo habia hecho Alman con quien habia quedado á partir un piñon, y el cual debería servirle de faro en el porvenir, según los convenios hechos en Manga de Clavo.

No completaba Santa Anna quince días de Presidente, cuando el 1.º de Junio estalló el primer pronunciamiento en Morelia por un tal Escalada á quien se comisionó para que descubriera el campo, ó en otros términos, para que le pusiera el cascabel al gato. En seguida se pronunció tambien un general Duran en Tlalpam y un coronel Unda en Chalco, proclamando todos á Santa Anna supremo magistrado y protector de la Religión, con lo cual le obligaron á dar un manifiesto en que afirmaba *que las autoridades eclesiásticas estaban unísonas con él* y que no habia riesgo todavía de que fuera violada la religión de Je-



sucristo, pidiendo autorización para salir á batir á los facciosos.

De todos modos, y aunque hizo Santa Anna suficientes aprestos militares para salir, los liberales que ocupaban todavía el gobierno, empezaron á sentir desconfianzas y un padre Acosta, senador, pidió á esta cámara que el Presidente fuera declarado traidor. Y este, que era quien había dado impulsos al movimiento, estaba ya asustado de su obra, y trabajos tuvo para impedir que se pronunciaran las tropas minadas por el clericalismo la víspera de su salida de la capital.

Salió acompañado de Arista como su segundo en el mando del Ejército y cuando ya iban fuera de garitas, le preguntó este general con estrañeza:

—Si Su Excelencia está completamente de acuerdo en su interior con los planes de Duran y de Escalada, ¿por qué no nos ha dejado pronunciar anoche? Hubiéramos terminado en un momento con diputados, senadores y ministros.

—Tengo que estar por eso que se ha proclamado que es el sentir de la Nación; pero como yo fui traído al poder por los federalistas y juré sostener el sistema, lo mismo que la Constitución, se me llamaría perjuro, y con razón, si yo mismo me pusiera á la cabeza de cualquier pronunciamiento. Ahora, lo que se necesita es inventar un plan en que no se me deje mas salida que aceptar el centralismo y..... no digo la religion tambien, porque eso es un disparate una vez que todos estamos bien con la Iglesia.

—De modo que V. E. entonces me avisará cual es

la hora mas conveniente para pronunciar me yo que no he hecho juramento ninguno.

Hay que tener en cuenta que el espíritu revolucionario que dominaba entonces en todos los ánimos no era tanto por estar de moda, como porque los militares habían visto la rapidez con que se había elevado Santa Anna á pesar de no valer nada, ni como inteligente, ni como militar, y ninguno quería quedarse atras en audacia, una vez que estaban convencidos de que era verdad que la fortuna ayudaba á los mas audaces.

A Arista por ejemplo, le importaba muy poco en aquel momento, cualquier sistema de gobierno, una vez que no tenía noción bien formada de ninguno; pero sí quería figurar á la cabeza de cualquier pronunciamiento, para elevarse y estar á la expectativa de la primer caída que sufriera Santa Anna.

La conversacion continuó pues entre los dos personajes que iban solos en un coche de camino en el centro de las tropas. Santa Anna, que por de pronto estaba alucinado con las conversaciones que había tenido con Alaman en Manga de Clavo, dijo á su vez á Arista, echándola de maestro:

—Nosotros hemos ido demasiado aprisa, despues de la independencia y yo he sido uno de los mas culpables, proclamando la federacion antes de comprenderla. Este pais acostumbrado por tres siglos al férreo yugo español y educado para la obediencia, no puede estar maduro para disfrutar ni un átomo de libertad. ¿Quénes son los habitantes que lo pueblan?



Cinco millones de indios desgraciados que bastante se conformarán con que no se les siga empleando como bestias de carga, y un millon de gentes de razon entre las cuales predominamos por ejemplo, nosotros, que no somos políticos, que no somos mas que militares sin sabernos gobernar con otra cosa que no sea con la disciplina y las Ordenanzas. Chistosos están esos politiquillos de los Estados con querer soberanía, libertad electoral y quien sabe cuantas otras boberas, cuando no disponen de gentes que les ayuden, ni siquiera que los entiendan. Aquí lo que se necesita ahora es un gobierno fuerte como lo fué el español, en que se haga la voluntad de uno solo en todo el pais para que éste vaya preparándose á practicar en remotos tiempos las instituciones democráticas.

Arista que pugnaba por dar su opinion, pues ya tambien habia sido aleccionado por algunos políticos conservadores, casi interrumpió el discurso de Santa Anna, apresurándose á decirle:

—Perfectamente, mi general, es lo que yo opino: una dictadura.

—Sí, señor, una dictadura suave, pero sin trabas, mas que las muy precisas, de modo que no se pueda llegar á la monarquía.

—Y aunque se llegara.....pues si es lo que siempre hemos tenido.

—Pero despues de la decapitacion de Iturbide y teniendo al lado una República como la de los Estados Unidos, ya no habrá uno aquí que quiera desempeñar el papel de monarca.

—Pero el de dictador.....

—Dictador sí, porque la dictadura no está reñida con la República, y aunque ésta no sea bien comprendida, todos están enamorados de la palabra.

—Entonces ya sé cual ha de ser mi plan.

—¿Qué plan?

—El de mi pronunciamiento.

Santa Anna dirigió una mirada llena de envidia al general Arista, como queriéndole decir con ella: ¡qué feliz eres tú que te encuentras libre para pronunciar! Luego dijo en voz alta:

—Un plan bien hecho proclamando la dictadura, á la cabeza de la cual se pusiera una persona que no abusara del poder y en la cual tuvieran confianza las castas distinguidas, sería apoyada, en primer lugar por el ejército que no quiere estar á merced de las veleidades de los políticos; en segundo lugar por el clero, que vería asegurados los bienes de la iglesia y su prestigio religioso y, despues, por todos los indios que verían en el dictador á un hombre digno de su respeto y aun de su reverencia.

—Yo no veo otra persona que pueda ser el dictador más que V. E.

Santa Anna aprobó con su silencio, y en seguida dió orden de que se detuviera el coche, porque queria montar á caballo para adelantarse á las tropas y llegar primero al pueblo en que tenían que rendir la jornada.

Arista se quedó muy preocupado y diciéndose frecuentemente para sus adentros:



—Más claro no lo dice un loro: Santa Anna quiere que lo proclamemos dictador. Y si lo proclamo, ¿será tan bribon así que me deje á mi solo en la estacada?

Al tercer día de ésta y de otras confidencias que le hicieron afirmarse en su propósito, é instado, además, por ciertas eminencias eclesiásticas que estuvieron llegando de Mexico, Arista se confió al coronel Don Tomás Moreno y ambos á los demas jefes de la Division que encontraron de perlas el proyecto y el mismo Moreno fué comisionado para dirigirse á Santa Anna á fin de comunicarle el pastel.

—S. E. se resistirá, le habia dicho Arista, porque le conviene hacerse mucho del rogar y aun puede ser que quiera aparentar que se le obliga por la fuerza. En todo hay que darle gusto, una vez que quiere hasta lo último hacer el papel de comediante.

—De modo, que á la vista de todos se ha de hacer hasta el aparato de que se emplea la fuerza?

—Exactamente.

Con estas instrucciones se fué Moreno al lugar del camino en donde de propósito se habia quedado Santa Anna acompañado sólo de su secretario Don Manuel Castrillon y le dijo muy políticamente:

—Excelentísimo Señor: el general Arista y todos nosotros estamos pronunciados.

Santa aparentó sorprenderse y exclamó:

—Pronunciados!!! ¿que quiere decir eso, señor Coronel?

—Que acabamos de proclamar como Dictador á V. E.

—¡Jesús .....! ¡qué locura! ¡qué imprudencia! ¡qué barbaridad!.....¿Pero cómo ha sido eso?

—De la manera más sencilla: nos pusimos de acuerdo con el general Duran que íbamos á batir, el cual viene ya á unirse con nosotros y todos juntos hemos jurado sostener este plan hasta vencer ó morir.

Al mismo tiempo le alargó un papel que Santa Anna pasó al secretario. A medida que iba oyendo leer, iba creciendo su asombro, de tal modo, que el mismo Moreno llegó á creer que no fuera sólo comedia y por fin estalló el general en jefe indignadísimo:

—Esta es una traición que yo no puedo consentir: yo no puedo quebrantar el solemne juramento que apenas pronuncié el mes pasado. Diga vd. al general Arista que ejerza en mí todas las violencias que guste; pero que me rehuso terminantemente á aceptar tan insensato plan.

—¿En ese caso V. E. tendrá la bondad de acompañarme?

—¡Ah! ¿se me reduce á prisión? Tanto mejor, señor Moreno, y diga vd. al señor Arista que tambien puede fusilarme.

Santa Anna quiso entregar su espada, pero Moreno no quiso recibirla y se limitó á seguir á Santa Anna con la escolta que llevaba á Yautepec, á donde llegaron el 8 de Junio.